



REVISTA POLÍTICA LATINOAMERICANA

Publicación digital semestral

Director: Mario Toer

politicalatinoamericana.org/revista

RESEÑA

El príncipe democrático sudamericano: Liderazgos presidenciales en el siglo XIX en la región

de Mariano Fraschini y Nicolás Tereschuk. Ed. Euvim

Autor: Francisco Parra

Licenciado en Ciencia Política (UBA). Integrante del grupo de Investigación “Nuevas Demandas” UBACYT.

Casilla de correo: parra.fran@hotmail.com

A pesar de los intentos desestabilizadores de la última década, en muy pocos casos exitosos, los gobiernos de América Latina, y especialmente del Cono Sur, mantienen en su mayoría una gobernabilidad sin precedentes. De manera que parte de la Ciencia Política y la opinión pública en la región no estaría discutiendo ya la transición hacia sistemas más estables e institucionalizados, tema que ocupó a gran parte de la academia a fines del siglo pasado, sino la necesidad de acotar los mandatos presidenciales, forzar la *alternancia*, aún a costa de la estabilidad social, como parece plantearse la oposición política en Venezuela.

A partir de las transiciones a la democracia en la década de los ochenta se pensó desde la Ciencia Política que para alcanzar la estabilidad los países sudamericanos debían avanzar en una progresiva institucionalización, de un estado en el que prevalecían las reglas no escritas a uno en que la vida política se regulara por instituciones formales. El actual clima de inestabilidad en Brasil, país estudiado como avanzado en este camino de institucionalización en el cono sur, debilita esta hipótesis y llama la atención hacia otros países de la región que han alcanzado una notable estabilidad por un camino distinto.

Esa es la tarea que se proponen Mariano Fraschini y Nicolás Tereschuk en su libro “El príncipe democrático sudamericano” donde analizan cinco de los liderazgos presidenciales más destacados de la región en la última década: el de Chávez, Lula, Evo Morales, Néstor Kirchner y Álvaro Uribe.

La virtud y la originalidad de este análisis es que no se basa unilateralmente en los poderes o atribuciones formales del presidente sobre el Congreso o el Poder Judicial, lo que a menudo lleva a calificaciones exageradas y a una sacralización del modelo estadounidense de división de poderes, sino que analiza otros recursos de poder como el apoyo popular/ciudadano, reflejado en los resultados electorales; los recursos financieros provenientes de las exportaciones de materias primas; los recursos comunicacionales, medios y programas oficiales que les permiten una interpelación directa a la ciudadanía; los recursos sociales, como la relación con movimientos sociales y fuerzas armadas, que les permiten sortear situaciones de inestabilidad; sin descuidar, por último, recursos institucionales como las reformas a la Carta Orgánica.

La construcción de estos recursos de poder no es lineal, sino que éstos se complementan. La ampliación del número de miembros del Tribunal Superior de Justicia en Venezuela le permitió a Chávez avanzar en la estructura de propiedad durante las nacionalizaciones y expropiaciones de empresas extranjeras en los años 2008 y 2009, pilar fundamental de los recursos financieros del Estado y que se tradujo, entre otras cosas, en políticas sociales que ganaron el apoyo masivo de la ciudadanía. En Bolivia, la estrecha relación con las Fuerzas Armadas le permitió a Evo modificar la Constitución en Asamblea Constituyente a pesar de los ataques de la media luna boliviana.

Es esta búsqueda de los recursos de poder institucionales y extrainstitucionales que reúnen los líderes, más allá de todo juicio de valor relativo a un deber ser democrático, lo que le da al título la alusión maquiavelliana.

Los autores analizan estos liderazgos desde el contexto de surgimiento, que en la mayoría de los casos es el de quiebre del sistema de partidos y la salida anticipada del Ejecutivo; es decir, parten de una sencilla premisa muchas veces descuidada: que estos liderazgos no son la causa de la debilidad institucional sino que, a partir de ella, crean un nuevo escenario de estabilidad y nuevas instituciones.

Esta premisa rechaza, entonces, las explicaciones culturalistas que se remiten a los caudillos del siglo XIX para explicar estos liderazgos, como también las explicaciones institucionalistas que los describen como desviaciones de un modelo, el norteamericano, y por lo tanto, como factores de inestabilidad.

De hecho, en varios países existía un flagrante abuso de poder de las instituciones tradicionales como en Ecuador, donde la Corte Suprema era un agente activo de la crónica inestabilidad del Ejecutivo, o Bolivia, donde el Congreso tenía la potestad de elegir como presidente a cualquiera de los tres candidatos más votados, y Venezuela, donde dos partidos se repartían cargos y acordaban políticas a espaldas de la ciudadanía.

Lo que desde una mirada formalista podría parecer el avance del Ejecutivo sobre el Legislativo y Judicial, se convierte en este análisis realista en un escenario complejo donde hay más poderes que regulan, como los movimientos sociales, la opinión pública, las Fuerzas Armadas, y en el que de ninguna manera el presidente tiene la suma del poder sino que mantiene un equilibrio entre todos estos actores que se traduce en una estabilidad sin precedentes en la región.

Los autores se preguntan, hacia el final del libro, si un pasaje a una institucionalidad formal podría provocar la pérdida de estos nuevos recursos de poder y, por lo tanto, llevar a un nuevo escenario de inestabilidad en los regímenes. La creciente debilidad del liderazgo de Dilma Rousseff podría ser una señal en esta dirección.

Como reflexión final, podemos decir que el libro ofrece un esquema, en absoluto exhaustivo, para desarrollos teóricos alternativos al que hegemoniza gran parte de la Ciencia Política actual, que lleva muchas veces a interpretaciones unilaterales, ampliamente difundidas en los medios de comunicación, y que restringen y condicionan la comprensión de una vibrante realidad política latinoamericana.